
BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

////////////////////////////////////

EL MANCO

DE LEPANTO

EPISODIO DE LA VIDA
del principe de los ingenios
Miguel De Cervantes-Saavedra

POR

D. M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



ADMINISTRACION

Calle de las Hileras, número 14

MADRID.—1874

Establecimiento Tipográfico de Muñoz y Reig

Calle Cuesta de Ramón, núm. 8

ÍNDICE

- I. En que se trata de un percance que le sobrevino a un barbero de Sevilla por meterse a afeitar a oscuras.
- II. En que se trata de una música de enamorado, acabada no muy amorosamente a tajos y reveses.
- III. De como, sin esperarlo, hallose la hermosa viuda con aquel su amor que tan acongojada la tenía.
- IV. En que se sabe quién era el incógnito amante de doña Guiomar.
- V. En que doña Guiomar comienza a contar su historia a Miguel de Cervantes.
- VI. En que se contiene una carta de Cervantes para doña Guiomar, y se sabe a lo que Florela se aventuró por servir a su señora.
- VII. En que se suspende la historia para decir algo de Miguel de Cervantes.
- VIII. En que se relata una aventura que le salió al paso a Cervantes, cuando a las aventuras de sus amores iba.
- IX. De como lo que no podía amparar Cervantes, vino a ampararlo doña Guiomar.
- X. De como Cervantes encontró casa de la tía *Zarandaja* más de lo que había querido buscar.
- XI. En que doña Guiomar prosigue el relato de su historia.
- XII. De como se iban cruzando los amores y aperebiéndose a una rudabatalla los celos.
- XIII. En que se ve que doña Guiomar hubiera hecho muy bien en no contartan presto su historia a Cervantes, y en no amparar a Margarita.
- XIV. De como hubiera hecho muy bien doña Guiomar en no

- acudir a la visita que le hizo el señor Ginés de Sepúlveda.
- XV.** De como Cervantes oyó el fin de la historia de Margarita entre las cabalaciones que le causaba el no saber adónde le llevaría la historia de sus amores.
- XVI.** En que se ve cuán dura tenía la Inquisición la mano, aun para sus familiares, y cuánta fuerza, cuánta virtud y cuánta prudencia doña Guiomar para encubrir sus amarguras.
- XVII.** De como Miguel de Cervantes supo lo que le bastó para meterse en una aventura de más empeño que la más atrevida en que osó meterse cualquiera de los Doce Pares.
- XVIII.** De como puede enamorarse una mujer hasta el punto de morir de amor.
- XIX.** De como enloquecido Cervantes por el amor, creyó que la mano de Dios le apartaba de los efectos de su locura.
- XX.** De la horrenda tragedia con que se encontró sorprendido y espantado Miguel de Cervantes.
- XXI.** En que se ve que nada ve la justicia relativamente a Cervantes, y se sabe que Cervantes se había perdido.
- XXII.** En que se sabe lo que fue de Cervantes.
- XXIII.** En que se habla algo de la jornada de Lepanto, y de cómo fue la manquedad de Cervantes.

POST SCRIPTUM.

EL MANCO DE LEPANTO

En que se trata de un percance que le sobrevino a un barbero de Sevilla, por meterse a afeitar a oscuras.

Había en la ilustrísima ciudad de Sevilla, allá por los tiempos en que llegaban a la Torre del Oro, que a la margen del claro y profundo Guadalquivir se levanta, los galeones cargados de oro que venían de las Indias, y cuando reinaba en España el señor rey don Felipe el Segundo, de clara y pavorosa memoria, en la calle de las Serpes, y en un arinconada a la que jamás llegaba el sol, como no fuese en verano y al mediodía, un tinglado de madera, de dos altos, desvencijado y giboso, al que llamaban casa, y en el cual vivía una valiente persona, cuyo apellido y nombre de pila ignoraba él mismo, que si los tuvo olvidados, y nadie le conocía ni él respondía más que por el sobrenombre de *Viváis-mil-años*, cortesanía que empleaba para saludar a todo el mundo. Era de mediana edad, entre los treinta y cinco y los cuarenta, de no mala apariencia, agradable y sonriente el rostro, morena la color, agudas las facciones, sutil la sonrisa, la mirada rebuscona, y nomezquino el cuerpo; vivía de rasurar y rapar, entreteniéndose durante el día sus ocios con el puntear de una vihuela morisca que le dejó su padre, ya harta usada por sus abuelos, y cantando como un ruiseñor las alegres canciones de la tierra, y las que él mismo componía, para lo que se daba muy buena gracia; comadreaba a las comadres de la vecindad, y, fuera de esto, las vendía untos y bebedizos, y las leía el sino, y las traía a todas engañadas y pendientes de sus labios; y a tal llegaba la fama de brujo y de hechicero del señor *Viváis-mil-años*, que más de una vez la Inquisición se había metido en sus asuntos, y había quien se acordaba de haberle visto con coraza y sambenito, luciendo su persona en un auto de fe.

No se sabía si era cristiano, o judío, o moro; pero él escapaba tan bienque mal de sus empeños con la Inquisición y con la justicia, ycontinuaba rasurando y trasquilando, rasgueando y cantando, haciendo desus bebedizos y de su brujería industria, y estimado y querido de lavecindad y allende.

No se le conocía a *Viváis-mil-años* moza ni parienta de algún género,ni vicio que de reparar fuese; vivía solo, en paz y en gracia de Dios,como él decía, no embargante lo de los hechizos y los untos, que élnegaba; y así iba pasando nuestro hombre sin crecer ni menguar, ysiempre feliz y contento, y con una tal y tan peregrina salud, que élafirmaba que en todos los días de su vida no le había dolido ni una uña.

La justicia le había entrecogido alguna vez de noche rondando por sitiostenebrosos, con un estoque desnudo debajo de la capa, largo de cincopalmas (que él había comprado en sus mocedades por veinte maravedís enel Rastro); y por esto, y por algunos hurtos que le habían achacadomalos testimonios, le habían batanado más de tres veces las espaldas,llevándole en burro y con acompañamiento, para edificación de lasgentes, por lo más concurrido de la ciudad; cosas todas que, decía*Viváis-mil-años*, caían por encima y no había que echárselas en cara,cuando no habían tenido que ver sino con sus espaldas. Buscábanledueñas, solicitábanle doncellas que habían necesidad de casarse;servíanse de él, como de secretario, mozas a las cuales les estorbabapara escribir lo negro de los ojos, y él era, finalmente, el consuelo delas hermosas, la alegría de los galanes, el consejo de los pícaros, yel sirve para todo. Almorzaba, comía y cenaba por diez maravedís casa desu vecina la tía *Zarandaja*; descolgaba sus bacías, y quitaba suscelosías a puestas del sol, y al cerrar la noche se salía sin que nadiele sintiese; iba adonde

nadie sabía, y volvía a su casa sin que la vecindad pudiese enterarse de la hora de su vuelta.

Por los tiempos en que esta verídica historia comienza, había en la calle de las Serpes, no lejos de la tienda del rapista, una casa habitada, grande y hermosa, con piedra de armas en el frontispicio, de cuyas armas los entendidos sacaban el apellido Velasco de Llanes, y que hacía muchos años que no se ocupaba, porque se decía de fama pública que tenía duende.

Daba su gran jardín, o más bien huerta, a las medianerías de algunas casas, y, por un punto, esta medianería era la tapia de un corralejo que la casa del barbero tenía, y en que vagaban, tristes y con hambre, en una perpetua umbría, cuatro gallinas, un gallo y un pato, en compañía de un cerdo (con perdón sea dicho) y de un perro flaco que guardaba de noche la casa. No había que dudar de que el señor *Viváis-mil-años* era buen cristiano, puesto que, para que el duende de la gran casa vecina no se pasase a la mezquina casa suya, había puesto en el lomo de la tapia de su corralejo, que daba a la huerta de la casa enduendada, un calvario de madera, lo cual no hubiera hecho si hubiera sido judío o moro, y había pintado una cruz en cada una de las dos ventanas que al corral daban, y desde las cuales se veía la huerta.

Una mañana (de primavera y radiante y hermosa), al abrir una de aquellas ventanas, el rapista vio que por la huerta de la casa vecina vagaban, no duendes ni trasgos, sino algunas personas de muy noble apariencia, que andaban por allí como reconociendo y tomando trazas. Era una dama como de veinte a veinticuatro años, muy gentil y hermosa, rubia y blanca, de buen continente y estatura, pensativa y grave, y vestida noble y riquísimamente. Acompañábanla una quintañona y un rodrión avellanado, y la hablaban con encarecimiento, y proponíanla, a lo que parecía

por lasseñas, composturas y arreglos en la huerta, dos maestros de obras. Seguíanla dos pajes, el uno de los cuales llevaba una rica silla detijera y el otro un cojín de terciopelo con rapacejos de oro debajo delun brazo, y terciada en el otro una rica alfombrilla. Por último, cuatro lacayos bigotudos, con sendos espadones al cinto, la servían.

No había que dudar de que aquella era una gran señora, si no princesa, por lo menos de título, y cuando no, riquísima; y en punto a nobleza, rebosaba de ella y olía que trascendía. No yendo con ella persona que por la apariencia en calidad se la igualase, había que pensar que era viuda; que a ser doncella, padre, hermano o tutor la hubieran acompañado.

Alegráronsele los ojos y aun las entrañas a *Viváis-mil-años*, porque se le ocurrió que la que de tal manera, y con dos que parecían maestros de obras, buscaba trazas y tomaba medidas en la huerta, debía haber comprado la casa, y empezó a echar cuentas con los provechos que tan buena vecindad podía procurarle; porque pensar que a tal divina beldad no habían de acudir como moscas a la miel los enamorados, era ser simple, y ya el rapista inventaba historias y enredos, que daba por seguros, y en los cuales él andaría como una importantísima persona, lo cual le produciría buenos escudos, cuando no sendos doblones; por todo lo cual, y ansioso de inquirir lo que hubiese, dejó la ventana, se dejó ir por las fementidas escaleras, y se lanzó en la calle, yendo a dar con su cuerpo en el bodegón de la tía *Zarandaja*, que en cuanto le vio acudió a la marmita, llenó una escudilla con uña de vaca y morcilla delustre, y se fue al cabo de mesa, donde, en lo último del figón, se había sentado, como lo acostumbraba, el señor *Viváis-mil-años*.

Preguntóle él, oyole atentamente ella; díjole que a lo que ella habíapesquisado, se la alcanzaba que la dama que el rapista había visto en eljardín de la casa del duende, era una riquísima señora indiana, que, con sus criados y algunos toneles llenos de oro, había venido de Méjico, y aposentádose en la posada de la *Cabeza del rey don Pedro*; y que había comprado la casa, ignorando que tenía duende, a su dueño el señormarqués de los Alfarnaches; y que lo que el señor *Viváis-mil-años* había visto, era que la susodicha hermosa y riquísima viuda indianabuscabael modo de convertir aquella huerta abandonada e inculta en unparaíso en que solazarse.

Preguntó el rapista a la bodegonera de dónde había sacado todas aquellas noticias, y díjole ella, que el rodrigón que había visto acompañando ala hermosa indiana, había ido tres días antes al bodegón, y la había preguntado quién fuese el amo de la casa deshabitada y si sabía que lacasa se vendiese, a lo que ella había contestado ocultándole lo del duende, lo cual la había valido un buen regalo del señor marqués de los Alfarnaches, a quien había avisado en buen tiempo, y que el señormarqués la había dicho después, que la tal dama se llamaba doña Guiomar de Céspedes y Alvarado, que era viuda, que apaleaba el oro, y que almorir su marido, que había sido un viejo oidor de la chancillería de Méjico, había hecho buenos doblones su hacienda, y se había venido a Sevilla, de donde era natural, aunque por haberla llevado su marido a Méjico, todos la creían y la llamaban indiana.

Comiose con muy buen apetito y con mucho placer por estas noticias su escudilla de uña y morcilla el señor *Viváis-mil-años*, y se restituyó asu casa, sacó la celosía y colgó las bacías a la

puerta, y se puso arasguitar la guitarra, esperando al primero que tuviese necesidad derasurarse.

Al otro día sobrevinieron albañiles y todo género de artistas, y empezaron a trabajar en la casa, y a las dos semanas no había persona que pudiese reconocerla, según que había sido de compuesta y trastocada, y pintada, y rejuvenecida; habíase quitado la antigua piedra de armas y púestose en su lugar otra, y el jardín se había desbrozado, y poblado de estatuas y fuentes, y de tal manera que se había hecho de él, antes selvático, intrincado y despacible, una verde y hermosa delicia. Carrozas, y mulas, y caballos, habían llenado las cocheras y las caballerizas; y en el zaguán hervían los lacayos con librea, y daba gozo el ver las escaleras alfombradas y con macetas a todo lo largo de ellas.

En fin, un domingo, la hermosísima viuda doña Guiomar de Céspedes y Alvarado se vino a la casa, y en cuanto en ella entró, la casa se cerró a piedra y lodo, y de tal manera que no parecía sino que lo que en la casa se había hecho había sido para encantarla después; la puerta principal no se abría sino por la mañana entre dos luces, para que saliese una silla de manos, en la cual iba sin duda la hermosísima doña Guiomar, y una hora después, cuando la silla de manos volvía; tanto a la ida como a la venida acompañaban la silla de manos la dueña, el rodrigón, los dos pajes, con la silla, el cogín y la alfombra, y los cuatro lacayos bigotudos que *Viváis-mil-años* había visto, como hemos dicho en otra ocasión, acompañando a la dama en el jardín o huerta de la casa del duende.

Siguió una mañana *Viváis-mil-años* a la viuda, y vio que la llevaban a la catedral, y que ella se iba, seguida de los criados, a la capilla de San Fernando; y que allí los pajes extendían sobre el

blanco mármol la alfombra, abrían la silla de tijera, y ponían delante de ella el cojín de terciopelo con rapacejos de oro para que la bella indiana se arrodillase. Los criados se quedaban fuera de la capilla; y una vez oída la misa de alba, la dama se levantaba, recogían los pajes cojín, silla y alfombra, se encaminaba la indiana a la puerta del Patio de los Naranjos, tomaba allí su silla de manos, y se volvía a su casa.

Poníase en acecho en la catedral *Viváis-mil-años*, atisbaba, pero nada podía sacar en claro tocante a la dama, sino que aun de rodillas eragallada; que sus manos, que tenían un rico rosario de perlas, eran más nacaradas que ellas, y que oía la misa con una singular devoción: encunto al rostro, lo tapaba un celoso velo de encaje, y ocultaba sutalle un cumplido manto de raja de Florencia.

Habíala visto en el jardín descubierta la faz *Viváis-mil-años*; hermosa la había admirado, joven la había conocido, pero su imagen se había borrado de su memoria: en vano había registrado el jardín desde su ventana; la dama no salía a él nunca, o por lo menos de día, y *Viváis-mil-años* no había podido dar señas que les satisficieran a los ricos galanes que de él se servían para sus amores, y a los que había hecho relación de la nueva y hermosa dueña de la casa del duende.

Los criados, o eran fieles, o temían y no daban luz, por más que *Viváis-mil-años* los agasajaba y los convidaba a la taberna; ellos no decían de su señora sino que era una dama honestísima, que tenía penas y que las lloraba en su soledad: si aquellas eran penas de amor, los criados no lo decían, o no lo sabían, y *Viváis-mil-años* vivía como un alma en pena, metiendo las narices por todos los resquicios, y sin oler nada que le sirviese para cerciorarse de qué casta de pájaro era aquel prodigio humano,

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

